

Julien Fargettas. *Les Tirailleurs Sénégalais. Les soldats noirs entre légendes et réalités 1939-1945*. París, Tallandier. 2012. 384 páginas.

Por Pedro Munaretto*

Recibido: 19/2/2019 - Aprobado: 8/3/2019

La obra que aquí nos ocupa desarrolla, con un finísimo trabajo historiográfico, la historia de los *tirailleurs* (tiradores) senegaleses que sirvieron en las filas de Francia durante la Segunda Guerra Mundial. Su autor llevó a cabo la investigación, tal como se explica en el prefacio, durante el lapso de ocho años, lo que lo acerca en minuciosidad y monumentalidad al extinto título francés de doctorado de Estado (*thèse d'État*). Semejante detenimiento proviene, evidentemente, no sólo de sus indagaciones archivística, bibliográfica y de entrevistas en profundidad (la obra cuenta con más de setecientas referencias entre todas las fuentes), sino también de su propio perfil castrense: Fargettas es, además de investigador de Sciences Po Aix, oficial del Ejército francés, habiendo servido en Kosovo y África.

Les Tirailleurs Sénégalais construye una narrativa introspectiva, en tanto escrito de historia militar, pero también habla desde un por fuera, en tanto se permite nutrirse de una perspectiva crítica extra-castrense. Es este doble movimiento el que va a imprimir el estilo de Fargettas al tratar un tema tan propio de las fuerzas armadas francesas como extraño: 178.000 *tirailleurs* conscriptos de la AOF (África Occidental Francesa) combatieron para Francia durante la Segunda Guerra Mundial y, sin embargo, su rol es aún hoy ampliamente desconocido o subvalorado por la ciudadanía metropolitana.

* Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín.

Son varias las aristas que el autor instrumenta para caracterizar el devenir de los *tirailleurs* en los regimientos coloniales. En términos geopolíticos, resulta significativo que dichos agrupamientos de soldados coloniales sirvieron la mayor parte de la guerra para la Francia de Vichy, quien administró hasta su derrota los territorios franceses de ultramar. La gestión de dichos soldados una vez que la Francia libre recupera el control político, al mando del general de Gaulle, es descrita como un enorme desafío para la administración colonial debido a la diferencia étnica sustancial (sumado al desgaste de la guerra). El autor la ilustra, por ejemplo, a través de lo que significaban las fiestas de banquetes y danzas indígenas en pleno campamento militar; el uso en el campo de batalla de talismanes (como el *gris-gris*) y de los machetes conocidos como *coupe-coupe*; el avituallamiento de provisiones compatibles con la cultura culinaria de los *tirailleurs*, así como la provista de vestimenta nativa (por ejemplo, la *chéchia*); el analfabetismo estructural y las representaciones nativas de la muerte de los caídos senegaleses, epitomizadas en el *Tata* (túmulo mortuario) senegalés en Chasseley, departamento del Ródano.

Resulta intrigante cómo la administración colonial, a pesar de estas distancias culturales, pudo hacer uso efectivo de cientos de miles de estos soldados negros del África subsahariana. Mas hubo circunstancias de confrontación directa en donde a la diversidad étnica se le sumó la diferenciación de status político que motorizaba la administración francesa en ultramar. Estos “incidentes”, tales como quedaron registrados en incontadas ocasiones en los archivos oficiales, tuvieron sus notas más benignas en las sublevaciones en los campos de detención alemanes (*Frontstalags*) en la Francia ocupada, cuya vigilancia se encontraba “tercerizada” al régimen de Vichy; en las relaciones interraciales que se establecían entre los *tirailleurs* estacionados en el continente y las mujeres de los pueblos circundantes (lo que era tenido por ilícito por la institución castrense de la época); las



denuncias de trato inhumano al enemigo, como en la supuesta colección que ciertos *tirailleurs* efectuaban de orejas de alemanes vencidos, entre otras. Pero el incidente paradigmático por su gravedad entre la administración francesa y los contingentes coloniales senegaleses fue la sublevación conocida como masacre de Thiaroye, en Senegal: al fin de la guerra, una vez desmovilizados y devueltos a Dakar, un grupo de *tirailleurs* reclamaba por salarios mal liquidados, siendo fieramente reprimidos por las autoridades francesas. Se contaron al menos treinta y cinco muertos, cifra que resulta disputada aún al día de hoy.

Fargettas finaliza con una propuesta al debate siempre relevante en las representaciones sociales de y sobre los excombatientes subalternizados: ¿deben ser considerados como víctimas o como héroes? Brinda un giro que es iluminador: nadie puede negar que fueron víctimas del sistema colonial, pero tampoco que han sido “actores comprometidos” en la defensa de Francia, cuya acción llega a estar cristalizada incluso en el hecho de que fueron movilizados, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, como fuerza de choque contra-independentista en los territorios franceses en el África. Por eso la pregunta de Fargettas hacia el final es tan oportuna como perturbadora: ¿pueden las víctimas ellas mismas estar involucradas en crímenes de lesa humanidad?

El salto del autor para evadir la clásica y perimida dicotomía víctima-héroe, así como el análisis de la etnicidad de instituciones usualmente consideradas monolíticas, como las fuerzas armadas y las guerras interestatales, no pueden sino ser motivo de inspiración para los estudios sociales de la guerra en nuestro país.

